

CONTINUIDAD Y ARTICULACIÓN DEL RELATO EN LA HISTORIA DE LIVIO

Desde hace un siglo¹ se viene discutiendo asiduamente la estructura y composición de la obra de Tito Livio. Al cabo de tanto tiempo de investigaciones y especulaciones, constantemente renovadas, no puede decirse que se haya llegado a unas conclusiones precisas de aceptación general. Todavía en 1971 J. Briscoe (en un trabajo escrito en 1967) se muestra escéptico frente a la tesis de P. G. Walsh, según la cual Livio habría compuesto su obra por péntadas o grupos de cinco libros.

No obstante, en estos cien años parece haberse ido imponiendo progresivamente un cierto consenso acerca de que la historia de Livio no fue nunca, ni en la mente del autor ni en la realidad de su continuada aparición ante el público culto de la Roma contemporánea, un «continuum» de meras yuxtaposiciones, sino que estaba interna y editorialmente articulada en bloques de varios libros, que debieron publicarse en su día conjuntamente. Aunque eso no signifique que el autor o su público entendieran en algún momento esta historia como una sucesión de monografías. A la homogeneidad sustancial de concepción, lengua y estilo, que tienden a aceptar hoy los críticos, correspondería una continuidad general del relato, compatible con una cierta articulación —y articulación artística— en el conjunto de la obra.

Pero ¿qué clase de articulación y qué bloques de libros? ¿Conjuntos regulares de cinco, diez o quince? Algunos datos más salientes de los que examinaré luego —la tercera década, los prefacios

¹ Nissen, H., «Das Geschichtswerk des Titus Livius», *RhMus.* 27 (1872), 539-561.

de VI y XXXI, la períoca del CXXI— apuntarían a ello. Las períocas de CIX a CXVI, por el contrario, parecen indicar que estos libros constituirían una unidad, si no una monografía; aunque algún estudio moderno pugne por salvar esta dificultad².

Entre los trabajos más recientes, que por eso mismo no han sido todavía suficientemente discutidos ni integrados en una visión de conjunto del problema, se hallan varios artículos, una edición y un comentario parciales, más el libro de Günther Wille, que han sido el punto de partida de estas notas. Me refiero al comentario de Briscoe (libros XXXI-XXXIII), a la edición de Jal (XLI-XLII) y a los artículos de Stadter y Alain Hus, todos ellos posteriores al conocido libro de Walsh³.

Sin repetir la historia de la cuestión, que puede leerse en los trabajos mencionados, he de resumir, lo más breve y claramente posible, sus líneas generales y las tendencias que pueden discernirse entre los estudiosos. Someteré seguidamente a discusión la metodología y las conclusiones de Wille y los otros estudiosos de los últimos años para aportar finalmente algunos criterios que, a mi juicio, se deducen de la experiencia de las investigaciones y comentarios que conozco y de una asidua lectura de los libros conservados de la obra de Tito Livio.

I. VIEJA Y NUEVA CRÍTICA

Pese a las muestras de escepticismo que se remontarían hasta el mismo Petrarca⁴, los humanistas y estudiosos anteriores a Nissen

² Cf. Stadter (*op. cit. infra*), pp. 297 ss. En contra, defendiendo la tesis de que los libros CIX-CXVI habrían constituido una unidad al menos editorial Marti, B. ap. *Lucain* (ed. M. Durry), *Entretiens sur l'Antiquité Classique*, XV, Genève, 1970, pp. 7-10 y 47.

³ Wille, G., *Der Aufbau des Livianischen Geschichtswerks*, Amsterdam, 1973, 124 pp. (*Heuremata*. Std. zu Liter., Spr. und Kult. der Antike, Bd. I); Briscoe, J., *A Commentary on Livy. Books XXXI-XXXIII*, Oxford, 1973, 384 pp.; Jal, P. (ed. y trad.), *Tite-Live, Histoire Romaine*, t. XXXI, Livres XLI-XLII, París, 1971, CXII y 235 pp.; Stadter, Ph. A., «The Structure of Livy's History», *Historia* 21 (1972), pp. 287-307; Hus, A., «La composition des IV^e et V^e décades de Tite-Live», *RevPh* 47 (1973), pp. 225-250.

⁴ La referencia de Petrarca, ap. Hus p. 226 n. 3. Cf. Billanovich, G., «Petrarch and the textual tradition of Livy», *Journ. of the Warburg and Courtauld Institute*, 14 (1951), pp. 137-208. El texto de Petrarca en p. 146 n. 1.

parecen haber aceptado generalmente la división de la historia de Livio en Décadas, como si ésa hubiera sido la concepción originaria del autor. La más antigua mención de este helenismo, no empleado nunca antes en el latín conocido, se halla en el papa Gelasio⁵, que cita precisamente la segunda década en una carta del año 496. La fecha tiene interés, porque confirma que hacia el siglo v por lo menos la primera parte de la obra de Livio se leía en manuscritos que la agrupaban por bloques de diez libros. El arquetipo N de la tradición nicomaquea de la primera década; el manuscrito P, arquetipo conservado de la tercera; los *Fragmenta Taurinensia*, un palinsesto hoy perdido que quizá era un residuo de otro ejemplar de la misma tercera década, independiente de P; los fragmentos F, arquetipo de casi toda la tradición de la cuarta; posiblemente también el manuscrito en uncial de que provienen los *Fragmenta Romana* de la cuarta década, descubiertos en 1906; y el *codex unicus* V de los libros XLI-XLV, que en su última página tras el *explicit* del libro XLV añade *incipit lib. XLVI*, deben ser fechados a principios (N) o, lo más tarde, a fines (P, V) del siglo v. Es decir, que en esa época los cincuenta primeros libros de Livio se leían y copiaban en bloques de diez o décadas. Poco añaden a estos datos las dos hojas palinsestas de la Biblioteca Vaticana, descubiertas en el siglo XVIII, que contienen un pasaje del libro XCI que trata de la guerra de Sertorio en España. No es posible saber el contenido del libro de que formaban parte. Pero no deja de ser interesante que la *ima scriptura* de ese palinsesto corresponda también al siglo v.

Para Nissen semejante división era debida a los azares —yo diría a la sistemática— de la tradición manuscrita, apoyada en la evidente individualidad temática de la tercera década (segunda guerra púnica) y en el prefacio del libro XXXI. Pero, aun admitiendo que haya tenido que haber un cierto orden en la organización y composición de la vasta obra liviana, Nissen rechaza por razones de distribución del contenido y de estructura literaria que este orden haya consistido en la rigurosa ortopedia de una sucesión de décadas.

⁵ Cf. Wille, p. 16, n. 145 que remite a Schanz-Hosius. Para las noticias de los códices del siglo v (existentes o perdidos) cf. los prefacios de las ediciones de Oxford y *Les Belles Lettres*. Otras noticias del mayor interés sobre esos manuscritos y su historia en Billanovich, *op. cit.*

De la vieja crítica de Nissen ha quedado algo. Aunque no se diga explícitamente, parece flotar en el ambiente de los estudiosos la idea de que la década debió ser una unidad de conveniencia editorial tardía, derivada de la naturaleza y posibilidades materiales de la confección de los códices. Pero no ha perdido su capacidad de sugestión, que se apoya además en hechos comprobables o presumibles. Los estudiosos generalmente aceptan, por ejemplo, que los libros 20, 30, 40, 70, 90, 120 podían muy bien cerrar un bloque, aunque apenas haya coincidencias respecto de las otras cifras decenales.

Creo que los análisis de composición de los estudiosos modernos se pueden agrupar en dos grandes corrientes ideológicas, según que prevalezcan en ellos los principios de la estructura literaria o de la crítica histórica. Hay elementos comunes a ambas, derivados del texto o de sus resúmenes, que explican las coincidencias. Éstos son los prefacios conservados (libros VI, XXI, XXXI), los reconstruibles (XVI, CXXI), o cómodamente imaginables (libros XLI, XLVI, LXXI, XCI), la coincidencia, no tan frecuente como podía esperarse en una historia analística, de los inicios de libro y año, etc.

La corriente que he llamado de crítica literaria, parte de que no es imaginable que una obra tan celebrada y esperada por los contemporáneos como la de Livio, elaborada además por su autor con tan notable constancia y orden, se fuera publicando en su época sin una cierta regularidad sistemática. Ni que un escritor de la época de Augusto, que tanta capacidad retórica y maestría demuestra en la ordenación de las diferentes partes y géneros literarios que aparecen en sus libros, hubiera dejado de someter a una cadencia rítmica la composición y publicación de su historia.

La crítica histórica, por la pluma de su más insigne representante contemporáneo —Ronald Syme⁶—, advierte que los hechos y fechas significativas que pueden haber servido al autor de apoyo para articular su narración, han de ser identificados no con la perspectiva de un estudioso moderno, sino con la que podía tener un escritor de anales romanos de la época y personalidad de Livio. Pero con esa salvedad previa, Syme, como Bayet y antes Klotz,

⁶ Syme, R., «Livy and Augustus», *HSCP* 64 (1959), pp. 27-88. Parcialmente reproducido en *Wege zu Livius*, ed. Erich Burck, Darmstadt, 1967, pp. 39-47 y 152-155.

Soltau y Wölfflin⁷, al buscar las censuras que separarían unas de otras las secciones de la obra, trata de encontrarlas en los lugares que cierran y abren períodos históricos, aunque no se hallen en libros cuya numeración resulte múltiplo de una unidad básica. Refuerzan su posición, hipótesis o conclusiones como la de que los libros CIX a CXVI serían también los primero a octavo de la guerra civil según las periocas, o que el libro LII con el triunfo de L. Mummio representaría el final de las campañas romanas en Grecia.

II. TRABAJOS DE LOS AÑOS 70

Los trabajos de Stadter, Wille y Hus, cada uno a su aire y cada uno con su método, representan otros tantos ensayos de síntesis de las dos corrientes ideológicas.

Stadter arranca de Walsh y de Syme. El primero «ha defendido, demasiado brevemente para convencer, que Livio escribió tanto los libros conservados como los perdidos en grupos de cinco». Syme dijo que en la obra de Livio «debe buscarse alguna forma de esquema artístico». El método de Stadter es partir de lo que se conoce para llegar a lo desconocido, insistiendo en la idea de Syme de que hay que admitir un desacuerdo entre los criterios modernos de periodización de la historia romana y los antiguos. Apoyándose en los preámbulos, de los que las periocas no ofrecen normalmente rastros (salvo las palabras iniciales de la perioca del libro XVI sobre el origen de Cartago y los *primordia* de esta ciudad), Stadter concluye que los primeros cuarenta y cinco libros se dejan repartir en péntadas y décadas: 5, 10, 5, 10, 5, 5, 5.

El final del libro X y el principio del XXVI, analíticos ambos, con el término e «initium» respectivamente de dos consulados, le permiten establecer una cesura secundaria entre las dos mitades de estas décadas, que sin romper, a juicio de Stadter, su unidad básica (VI-XV y XXI-XXX) las articularían en secciones de cinco y cinco, igual que ocurre también con la cuarta década (XXXI-XL)

⁷ Referencias a estos y otros trabajos antiguos en Wille. Igualmente menciona las tesis de Brüggmann (1955), Kern (1960) y Mezger (1966), cf. pp. 6 y 50.

y su cesura —tan parecida a la previa al XXVI— entre XXXV y XXXVI.

Prosiguiendo el examen de la obra a través de las periocas, primero desde la del libro LXXI hasta el final, y volviendo después atrás a la sección XLVI-LXX, con más confianza ya en la clave de la organización de la obra de Livio en péntadas y décadas, Stadter acaba encontrando una satisfactoria división en grupos de cinco o de diez libros, cuya detallada fundamentación no voy a repetir aquí. Cómodamente puede verla resumida el lector en la tabla bibliográfica y cronológica publicada por Stadter en forma de apéndice a su estudio.

Sólo debo añadir que el estudioso inglés, fiel a su idea de aunar los criterios literarios e históricos, rastrea un tema dominante, centrado siempre en torno a un gran protagonista —o antagonista— de la historia romana, en cada uno de los bloques primarios (péntadas, décadas) o secundarios (péntadas dentro de unas décadas más unitarias). Así habría «new beginnings» en los libros que abren algunas de las decenas (LI, LXI, etc.), personalidades y acontecimientos que dominan otras décadas o péntadas (Mario en LXXI-LXXX, Sila en los diez siguientes, después Pompeyo, César, la guerra civil, etc.). La muerte de Cicerón, hipotéticamente colocada sobre la base de la correspondiente perioca al acabar el libro CXX, sería un final expresivo y simbólico. Más tarde seguirían los últimos libros, a los que —añado yo— habría que reservar el nombre de *historiae*, conforme a la noticia de Servio de que Livio había compuesto su obra en *annales* e *historiae*.

Günther Wille empieza su estudio proclamando la dificultad de reconstruir la arquitectura global de Livio, «como justamente acababa de confirmar Stadter». Dedicando a continuación unas páginas a la historia de la cuestión y examina luego la obra de Livio hasta el libro XLV, las periocas y las noticias de los escritores presuntamente dependientes del paduano o sus epítomes con el propósito de justificar la existencia de bloques de quince libros —*pentekaidékades*— desde I a CXXXV, añadiendo la novedad de estudiar el contenido de esos nueve bloques.

Cada uno de ellos tendría, en efecto, una estructura literaria e incluso un ritmo y podrían titularse respectivamente: Roma hasta la primera guerra púnica; la época de las guerras púnicas; la de

las guerras de Oriente; la del segundo Escipión; las de Mario, Sila, Pompeyo, César hasta el final de la República y la lucha de Octaviano por el poder hasta la paz Augusta. Una décima y final *pentekaidékades* —Roma bajo la paz de Augusto— habría quedado interrumpida a la muerte del autor en el libro CXLII, último de la extensísima obra, sin precedentes en la literatura antigua, que alcanzó a componer este escritor infatigable.

El francés Alain Hus procede con independencia de Stadter y Wille, cuyos trabajos no se habían publicado aún cuando redactó el suyo. Parte de una discusión con el editor de los libros XLI-XLII, Pierre Jal, cuyo trabajo encomia, pero del que no acaba de convencerle la seguridad con que admite la existencia de una quinta década (XLI-L).

Para Hus, que en este punto concuerda más con Syme, en el libro L no sería reconocible ningún final de período histórico y ningún acontecimiento que justifique una composición de la década que en él terminara como conjunto históricamente unitario. Y desde el punto de vista literario no habría argumentos ni a favor ni en contra de esa supuesta partición.

Pero Hus aporta una idea luminosa, la de distinguir dos momentos ideales en el trabajo del escritor, correspondientes a dos conceptos también diversos y dos problemas distintos: la «composición» y la «edición» de la obra. La primera habría estado necesariamente presidida por criterios de historiador y habría dado lugar a bloques separados de variable extensión. La edición, por razones técnicas y de conveniencia publicística y artística, podría haberse realizado regularmente según conjuntos de cinco libros. Ambos procesos no habrían transcurrido sin influirse mutuamente, aunque no se pueda saber bien cómo. Pero con esta sutil distinción se salvarían las aparentes contradicciones entre una estructura histórica de conjuntos de extensión variable y otra editorial de ritmo pentádico.

Con estos tres resúmenes, breves e inevitablemente personales, temo fundadamente no haber hecho justicia a los esfuerzos de los tres estudiosos inglés, alemán y francés, ni quizá a los resultados finales que cada uno de ellos alcanza, respecto de la obra total los dos primeros y de los libros XXXI a LII, el último. Pero en estas notas trato de recopilar mis impresiones de lector atento de sus meritorios trabajos, más que de valorar sus métodos y conclusiones.

A partir del estado a que estos trabajos han conducido la cuestión marcando un evidente progreso, sobre todo metodológico, cualquier estudioso de Livio, como soy yo mismo, puede sentirse estimulado a aportar nuevas reflexiones o a insistir nuevamente —y desde otra perspectiva— sobre cosas dichas o apuntadas en precedentes ocasiones durante los cien años que separan a Nissen de Stadter, Wille y Hus.

La perspectiva desde la que intento aquí un examen de la cuestión es más estrictamente formal y, por lo tanto, a mi juicio más objetiva, y tal vez más segura, que la de otros estudiosos anteriores incluidos en la que he llamado escuela o corriente ideológica de la crítica literaria.

Tito Livio es un gran escritor que domina los materiales y recursos de la lengua y un experimentado retórico, ducho en el arte de la «compositio». Hay que suponer que si quiere establecer una particular ilación entre libros contiguos de su obra sabe muy bien cómo hacerlo, de modo que el lector sea conducido del final de uno al principio del siguiente conforme a la mente del autor al componer o editar la correspondiente sección de la obra. Habrá en el texto elementos formales de transición que permitan reconocer un libro y otro como piezas de un bloque o elementos de un conjunto más especialmente unitario. Igualmente, las cesuras entre partes distintas han de manifestarse, por lo menos, en el hecho de que resulte posible iniciar la lectura de la nueva sección sin que para comprender el texto sea preciso volver unas columnas atrás a pasajes que, en principio, estarían en otro tomo —o *uolumen*— publicado en una ocasión anterior.

Al establecer estas hipótesis de trabajo se entiende que me inclino por el sentir común de la mayor parte de los críticos y comentaristas, que admiten que la obra fue progresivamente editada por su autor en grupos de libros, con una cierta cadencia, a lo largo de los cuarenta y tantos años invertidos en su composición.

En consecuencia, creo que procede examinar los principios de cada libro y, en relación con ellos, el final del precedente en busca de esos presumibles elementos formales de transición, o de las cesuras que marquen la solución de continuidad entre dos secciones de la obra que fueron compuestas separadamente, o, por lo menos, publicadas en momentos distintos.

Para estudiar el tema, siguiendo estas líneas metodológicas, me limito, lógicamente, a los libros conservados.

La cesura entre unos libros y otros que más obviamente salta a la vista del lector de Livio es la representada por los prefacios parciales o prólogos. Pero de ellos me ocuparé unas páginas más adelante. Ahora empiezo mi estudio por los libros en cuyos inicios se encuentran elementos formales de transición que expresan la continuidad del relato, sin otra cesura que el hecho material del comienzo de un nuevo libro.

III. FÓRMULAS INICIALES DE CONTINUIDAD ENTRE LIBROS

La mayor parte de los libros conservados se abren con frases en las que hay alguna palabra que presenta el relato que sigue como una explícita continuación del anterior. Suele tratarse de una referencia tan inmediata al texto final del libro precedente que resulta impensable que uno y otro constituyeran publicaciones aparte, y mucho menos aún ediciones separadas entre sí por un largo período de meses o por años: palabras como *hic* en cualquiera de sus formas pronominales o adverbiales, referidas a personas, acontecimientos o momentos recogidos al final del libro anterior; los adverbios *iam*, *alibi*, aplicados a la simultaneidad de lo que sigue con lo precedentemente narrado o a un cambio de escenario, y otras fórmulas, igualmente inequívocas. Tal cosa ocurre en los libros dos a cinco de cada hipotética péntada, con la única excepción del X.

Por el contrario, los libros VI, XXI, XXVI y XXXVI (las primeras páginas del XLI, como es sabido, faltan) empiezan con frases en las que no existe esa expresa remisión formal al libro anterior. Podían ser leídos como el comienzo de una parte nueva de la obra, tanto los que arrancan con un prefacio propio (VI, XXI, XXXI) como los que carecen de él. De ellos me ocuparé en el siguiente apartado de este trabajo.

Ahora me ciño a los inicios de los veintiocho libros conservados que no abren «péntada».

Hay una forma de *hic* que remite explícitamente al relato del libro precedente en las líneas iniciales de ocho libros: II, IX, XXV, XXVII, XXXIII, XXXIX, XLIII, XLIV. No merece la pena reproducirlas aquí, porque son evidentes su presencia y significación. Igual ocurre con el *iam* inicial de II (unido a *hinc*), VIII y XXII, y con *alibi* (cf. *infra*) al principio de V.

Otros dos inicios de libros sin *hic* ni *iam* expresan también, por medios igualmente formales, la inmediata remisión al relato precedente. En un caso se emplea una frase temporal que indica la simultaneidad de los hechos que siguen con los anteriores en dos escenarios geográficos diversos, en el otro un participio.

XXXVIII 1, 1 *Dum in Asia bellum geritur* (cf. XXXVII) *ne in Aetolia quidem res quietae fuerant*. La fórmula inicial es prácticamente la misma del libro XXXIX 1, 1 (que contiene además la forma de remisión *hic*): *Dum haec Romae aguntur, consules ambo in Liguribus gerebant bellum*.

XL 1, 1 *Principio insequentis anni consules praetoresque prouincias sortiti sunt* (cf. la creación de los cónsules aludidos en XXXIX 56, 4).

Es normal que en una *historia perpetua* los distintos libros empiecen con una mención de los acontecimientos narrados al final del anterior. Pero en nueve casos la frase inicial está redactada de tal manera que su plena comprensión parece exigir que el lector acabe de tener delante de sus ojos las páginas precedentes, e incluso pueda volver sobre ellas pasando unas columnas atrás.

III 1, 1 *Antio capto* (cf. la conquista de Anzio en las líneas finales del libro anterior, II 65, 7).

V 1, 1 *Pace alibi parta* (cf. la rendición y destrucción de la capital de los Volscos en IV 61, 8 ss.).

VII 1, 1 *Annus hic* (no el pasado, sino el que empieza) *erit insignis noui hominis consulatu* (cf. VI 42, 9 *comitia... habita, quibus L. Sextius de plebe primus consul factus*).

XXIII 1, 1 *Hannibal post Cannensen pugnam* (cf. los comentarios finales a esta *clades* en XXII 61, 8 ss.).

XXIV 1, 1 *Ut ex Campania in Bruttios reductum est, Hanno adiutoribus et ducibus Bruttiiis Graecas urbes temptauit* (frase y viaje que sólo se entienden en el contexto de los últimos capítulos del libro XXIII).

XXVIII 1, 1 *Cum transitu Hasdrubalis* (su muerte, cf. XXVII *fin.*) *quantum in Italiam declinauerat bellum tantum leuatae Hispaniae uiderentur, renatum ibi* (en España) *subito par priori bellum.*

XXIX 1, 1 *Scipio postquam in Siciliam uenit* (cf. *profectus in Siciliam est*, XXVIII 46, 1).

XXXIV 1, 1 *Inter bellorum magnorum aut uixdum finitorum aut imminantium curas* (cf. capítulos finales del XXXIII).

XLV 1, 1 *Victoriae nuntii* (la victoria obtenida por Paulo Emilio en Pidna, cf. XLIV *fin.*) *Q. Fabius et L. Lentulus et Q. Metellus* (designados para esta misión por Paulo Emilio, según XLIV 45, 3)... *celeriter Roman cum uenissent...*

Los inicios de otros cuatro libros (XXX, XXXII, XXXVII, XLII) requieren una explicación más individualizada. Se abren con la inauguración de unos cónsules y sus primeras actuaciones. Igual ocurre en los libros XXVI y XXXVI. En todos ellos la elección de los cónsules y de los pretores del año que comienza ha sido referida en los capítulos finales del libro precedente. Pero, a mi modo de ver, en los cuatro primeros el contexto del párrafo inicial remite a estos antecedentes de una manera tan inmediata como los de las series que he examinado más arriba, a diferencia de las primeras líneas de XXVI y XXXVI, que, aunque carezcan de fórmulas preambulares, puede ser leídas separadamente de los finales de XXV y XXXV, como explicaré luego.

XXX 1, 1 *Cn. Seruilius et C. Seruilius —sextus decimus is annus belli Punici erat— cum de re publica belloque et prouinciis ad senatum rettulissent, censuerunt patres ut consules inter se compararent sortirenturues uter* eqs. No sólo el paréntesis *sextus decimus...*, sino la misma manera de mencionar a los cónsules, cuyos *tria nomina* completos acaban de leerse en XXIX 38, 3, guardan estrecha relación con lo que acaba de leerse al final de este otro libro, sin el que la información del lector quedaría incompleta.

XXXII 1, 1 *Consules praetoresque, cum idibus Martiis magistratum inissent, prouincias sortiti sunt. L. Lentulo Italia, P. Villio Macedonia, praetoribus L. Quinctio urbana* eqs. También aquí se hallan los nombres completos de los cónsules —L. Cornelius Lentulus, P. Villius Tappulus— junto con la noticia analística de su elección dos páginas atrás —XXXI 49, 12—. Al empezar el nuevo libro esos nombres se repiten abreviadamente junto con la «provincia»

asignada a cada uno y sin necesidad de volver a decir que éstos son precisamente los cónsules, porque el lector acaba de ser informado de este hecho.

XXXVII 1, 1 *L. Cornelio Scipione C. Laelio consulibus nulla prius secundum religiones acta in senatu res est quam de Aetolis*. En este caso la noticia de los comicios en que se les ha elegido se halla exactamente en las líneas inmediatamente anteriores, últimas del libro XXXVI.

XLII 1, 1 *L. Postumius Albinus M. Popilius Laenas (consules) cum omnium primum de prouinciis (et) exercitibus rettulissent, Ligures utrique decreti sunt*. La elección también aparece una página antes (XLI 28, 4). Pero, además, ocurre que la voz *consules* es una conjetura de Gronovio, que suple así una presunta laguna del *codex unicus* V.

Sólo el libro X, como he dicho, escapa plenamente a este rasgo, común a todos los que no principian péntada, de enlazar directa e inmediatamente sus frases iniciales con las finales del precedente, de tal modo que la comprensión de aquellas resultaría por lo menos incompleta fuera del contexto de éstas. Semejante coincidencia tan masiva sólo puede ser el resultado de una deliberada voluntad del autor al servicio de fines redaccionales o de edición.

Porque, por el contrario, los primeros libros de cada péntada, con prefacio (VI, XXI, XXXI, XLI ?), o sin él (XXVI, XXXVI), no remiten al lector, de manera indispensable, a los finales de los anteriores.

IV. LIBROS INICIALES DE SECCIONES SEPARADAS

A lo largo del relato, generalmente impersonal, como corresponde al estilo objetivo que el autor de una obra histórica debe dar a su narración, Livio, igual que los otros historiadores romanos, intercala de vez en cuando sus propias reflexiones sobre sucesos que acaba de contar, valorando su significación, discutiendo las divergencias que ha hallado en sus fuentes, interpretando conductas que por buenas o malas resultan aleccionadoras, comparando hechos del pasado con otros contemporáneos suyos, explicando tra-

diciones o instituciones romanas que guardan relación, en su sentido o sus orígenes, con los episodios que está refiriendo, subrayando su escepticismo ante algunos datos que le parecen inverosímiles, etc.

Asimismo a veces, al principio de alguna parte de su obra introduce prefacios con los que corta el hilo de la narración, echa una mirada atrás, valorando o situando el conjunto de la obra realizada, y anuncia, globalmente también, lo que va a seguir. En la obra conservada hay prefacios de este tipo en los libros II, VI, XXI y XXXI. Varios editores y críticos suponen que también debió haber existido otro en las primeras páginas perdidas del libro XLI⁸.

El prefacio del libro II difiere claramente de los otros tres que se conservan y del párrafo reproducido por Plinio, que comúnmente suele atribuirse al preámbulo que introduciría alguno —no se sabe cuál— de los libros perdidos⁹.

El prefacio de II, en efecto, más que separar el nuevo libro del I, lo liga a él estrechamente. La primera frase (*Liberi iam hinc populi Romani eqs.*) contiene los adverbios *iam* e *hinc* que claramente se caracterizan como fórmulas de enlace: «libre ya desde este momento (a diferencia de lo que ocurría hasta entonces bajo los reyes) el pueblo romano...». Basta leer seguidas las últimas líneas del libro I y las primeras del II para comprobarlo. En II 1 Tarquinio el Soberbio es aludido con la expresión *proximi regis* y a Bruto —*Brutus idem*— se le menciona como un personaje conocido del lector. A Tarquinio se le acaba de citar en el último párrafo del libro I (60, 3) y a Bruto en la línea final de ese mismo pasaje.

Los prefacios de VI, XXI y XXXI, por el contrario, son abiertamente otras tantas introducciones a secciones nuevas de la obra.

⁸ Apuntaría según algunos a confirmar la primitiva existencia de un prefacio en el libro XLI el pasaje de la perioca que dice: *initia belli Macedonici continet, quod Perseus, Philippi filius mollebatur*. Pero esta frase no se halla al principio, sino casi al final de la perioca. Cf. Jal, pp. VIII ss., Hus *op. cit.*

⁹ Plinio, *N. H.* praef. 16 dice *T. Livium, auctorem celeberrimum, in historiarum suarum, quas repetit ab origine urbis, quodam uolumine sic orsum: iam sibi satis gloriae quaesitum, et potuisse se desiderare, ni animus inquiet pasceretur opere*. El erudito romano, en este pasaje, reproduce, probablemente trasponiéndola al estilo indirecto, una frase tomada de un prefacio de Livio, semejante a los de los libros VI, XXI y XXXI. Pero, además, añade la precisión de que esa frase se hallaba al principio de un *uolumen*, lo cual confirma la tesis sostenida en este artículo mío acerca de la relación de este tipo de prefacios con la «edición» de la obra de Livio.

El autor concibe ésta como un *totum* (XXI), al que llama *opus meum* o *uolumina*, compuesto no sólo de libros (VI), o *uolumina* (XXXI), sino de *partes*, explícitamente designadas con esta palabra (XXI, XXXI) o claramente señaladas (VI). Dentro del continuo curso de la historia que está escribiendo, el autor distingue netamente con estos prefacios lo que sigue de todo lo anterior.

Nada puede decirse respecto de un posible prefacio del libro XLI, ni por el texto conservado de este libro —algo más de la mitad—, ni a partir de la perioca, de cuyas diecisiete líneas once resumen hechos que debieron ser narrados en la parte perdida de este libro, sin ninguna referencia o alusión a un posible preámbulo. Lo cual tampoco excluye que hubiera podido existir, porque lo mismo ocurre con la perioca del libro VI.

He dicho antes que los libros XXVI y XXXVI merecen una consideración singular. Carecen de preámbulos, entrando directamente *in medias res*. Pero, al mismo tiempo, creo que pueden ser leídos independientemente de los que los preceden e incluso ser considerados como cabeza de una nueva sección.

Al final del libro XXV, Livio da noticia de los comicios de ese año y de la elección en ellos de los nuevos magistrados. Los dos cónsules en ejercicio se encontraban en Capua al frente de sus respectivos ejércitos, que tenían sitiada la ciudad. El senado dispuso que uno de ellos viniera a Roma para presidir la designación de los nuevos magistrados. Acudió Apio Claudio. Creados los cónsules y los pretores, se sortean entre ellos las provincias y jurisdicciones, y el libro termina con estas palabras: *consulibus prorogatum in annum imperium est*.

Seguidamente empieza el XXVI con una frase en la que, tras dar cuenta de la inauguración de los nuevos magistrados, se repite, con las mismas palabras de XXV 41, 13, la noticia de la prórroga del *imperium* de los cónsules del año anterior, y se recuerda al lector que éstos se hallaban ante Capua, sitiando la ciudad:

Cn. Fulvius Centumalus P. Sulpicius Galba consules cum idibus Martiis magistratum inissent, senatu in Capitolium uocato, de re publica, de administratione belli, de prouinciis exercitibusque patres consuluerunt. Q. Fulvio Ap. Claudio, prioris anni consulibus, prorogatum imperium est atque *eqs.* (XXVI 1, 1).

Las dos reiteraciones serían superfluas e incluso impropias del escritor Livio, si los libros XXV y XXVI hubieran sido compuestos y editados juntos. Pero tienen sentido si cada uno de ellos formaba parte de una péntada distinta y fueron publicados separadamente.

Entre los libros XXXV y XXXVI también se puede sostener, a mi juicio, la existencia de una cesura de composición y de edición. En primer lugar por la falta de elementos de enlace —palabras expresas, referencias de contenido— que se hallan entre otros pares de libros. Y, en segundo lugar, por la misma solemnidad que da a las primeras frases el carácter sacro de los hechos que en ellas se enuncian, y por el progresivo e insinuante acercamiento al tema principal de los dos libros que siguen —XXXVI y XXXVII—, que sólo se descubre al fin en el párrafo quinto (línea 13 de la edición de Oxford), la guerra contra el rey Antíoco:

P. Cornelium Cn. filium Scipionem et M. Acilium Glabronem consules inito magistratu patres, priusquam de prouinciis agerent, res diuinas facere maioribus hostiis iusserunt in omnibus fanis in quibus lectisternium maiorem partem anni fieri solet, precarique, quod senatus de nouo bello in animo haberet, ut ea res senatui populoque Romano bene atque feliciter eueniret. Ea omnia sacrificia laeta fuerunt, primisque hostiis perlitatum est, et ita haruspices responderunt, eo bello terminos populi Romani propagari, uictoriam ac triumphum ostendi. Haec cum renuntiata essent, solutis religione animis patres rogationem ad populum fieri iusserunt, uellent iubere cum Antiocho rege, quique eius sectam secuti essent bellum iniiri (XXXVI 1, 1-5).

Primero se narra la celebración de sacrificios —*maioribus hostiis*— en muchos templos, a fin de explorar la voluntad de los dioses y obtener su favor para un proyecto senatorial *de nouo bello*, sin decir de cuál se trata. Seguro ya de la protección divina, el senado acaba descubriendo sus planes. Una tensión análoga se mantiene después en las líneas siguientes, fijándose la estrategia y los recursos que se emplearían en la guerra antes de declarar, por fin, a cuál de los dos cónsules se confiaba la misión.

Si el libro XXXVI se hubiera publicado simultáneamente con el XXXV, editados incluso en el mismo volumen, no tendría demasiado sentido esta lenta y progresiva introducción al gran tema. Gran parte del libro XXXV había estado dedicada a describir los ante-

cedentes y causas del conflicto. La elección de los cónsules, cuya inauguración se narra en XXXVI 1, estaba referida en XXXV 24, 6. A este pasaje seguía una larga digresión sobre el estado de los asuntos en Grecia, que se interrumpe en 40, 1 con la siguiente frase:

abstulere me uelut de spatio res Graecae inmixtae Romanis, non quia ipsas operae pretium esset perscribere, sed quia causae cum Antiocho fuerunt belli.

Y, en seguida, tras un breve paréntesis analístico sobre acontecimientos políticos y prodigios acaecidos en la ciudad, se vuelve al relato de los preliminares de la guerra —*in dies magis et fama de bello Antiochi et cura patribus crescebat* (42, 1)— hasta el final del libro, que concluye así:

magnoque principio sibi (Antiocho) orsus bellum uidebatur, quod tanta insula (Euboea) et tot opportuna urbes in suam dicionem uenissent (51, 10).

La frase *de nouo bello* en el contexto inicial del libro XXXVI es claramente proléptica, y este carácter es el que la dota de su gran fuerza expresiva. Unas líneas después se concretará cuál es esa guerra nueva —o sin precedentes— para la que se quiere obtener una actitud propicia de los dioses con tantas y tan solemnes ceremonias religiosas: es la del pueblo romano con Antíoco. Entretanto, la atención del lector se mantiene despierta, aguardando a que el escritor precise a qué *nouum bellum* se refiere todo aquello. Para el que acabara de leer los capítulos finales del libro XXXV el énfasis con que Livio alude a ese guerra, de momento innominada, le resultaría una banalidad superflua.

Ciertamente, la frase entera *quod senatus de nouo bello in animo haberet* es una fórmula ritual, que aparece también en XXXI 5, 1. Pero en este pasaje, en el que se refiere a la guerra contra Filippo, las palabras de la expresión formularia, *quod de nouo bello* eqs. van precedidas, cuatro líneas antes, por la explícita mención del rey de Macedonia, incluida dentro del mismo contexto analístico de principio de año consular en el que aparece la fórmula de la *precatio*.

Si se admite, siguiendo el razonamiento empleado hasta aquí, que ya desde el libro VI Tito Livio ha adoptado el criterio de publi-

car su historia por bloques de cinco libros, y se ha mantenido fiel a él por lo menos hasta el XL, y quizá hasta el XLV, cabría decir que una de las dos cuestiones que se plantea Alain Hus —la de la edición— queda respondida en el sentido de que la publicación fue realizada por péntadas. Porque la *doctrina communis* de que los libros LXX, XC, CXX cierran una sección, que incluso estaría reforzada porque también otros múltiplos de cinco según algunos críticos se encontrarían en el mismo caso, permitiría extrapolar la conclusión a la totalidad de la obra.

Restaría el otro problema de Hus, el de la «composición». Pero el término a mi juicio resulta equívoco. Porque, ¿qué se entiende por «composición» en un escritor artista como Livio, sino la ordenación del contenido de la obra con vistas a su presentación al público? Más bien habría que hablar de concepción general de la historia romana o periodización dentro de su curso.

Los criterios para determinar cómo habría respondido Livio a la pregunta de cuáles son las edades o períodos en que se deja dividir la historia de Roma, vista desde su época y desde sus coordenadas mentales, no se extraen directamente de los datos estilísticos y literarios que permiten reconstruir la estructura editorial y de publicación de la obra. Habrían de apoyarse más bien en las ideas generales que el autor ha expuesto en los prefacios, en los juicios sobre hechos concretos y en sus valoraciones, o en las de personajes o conductas que de vez en cuando salpican la prosa del gran historiador.

V. CONTINUIDAD DEL RELATO DE UNA PÉNTADA A OTRA

Pero la obra de Livio no es en ningún caso una sucesión de piezas sueltas o monografías separadas, sino un relato continuo sabiamente compuesto. Así lo han reconocido todos los estudiosos, tanto los que encuentran en el historiador romano miembros regulares de cinco o diez libros, como los que han intentado agrupar éstos en conjuntos de número variable. Reconocida la individualidad de las péntadas en el examen que acabo de hacer de la parte conservada de la historia de Livio, me propongo a continuación

insistir desde una perspectiva de conjunto en algunos elementos formales y de contenido, cuya aparición al final de una péntada y al principio de la siguiente sirven de articulación a la continuidad del relato, sin perjuicio de la individualidad de las secciones que lo integran.

Hay cinco lugares en los que se posee el libro inicial de una péntada y el final de la precedente (V-VI, XXV-XXVI, XXX-XXXI, XXXV-XXXVI, XL-XLI, con la conocida mutilación del principio de XLI); y otros tres en los que puede leerse el libro final o el primero de un grupo de cinco (X, XXI, XLV).

Los prefacios de los libros VI, XXI y XXXI presentan unos rasgos comunes y otros propios de cada uno, o de dos, de ellos, como se percibe fácilmente a la sola lectura.

Desde el punto de vista de la continuidad y articulación del relato, el más importante elemento común de los tres prefacios es que desde ellos se contemplan simultáneamente la parte anterior de la historia y la que sigue. Los prólogos a VI y XXXI dedican nueve líneas cada uno a la consideración retrospectiva y tres o cuatro al anuncio de lo que va a seguir. En XXI la distribución de ambos elementos es inversa. Pero la mención de que se trata de una parte de la obra, y el recuerdo de la primera guerra contra Cartago, permiten afirmar la presencia de la consideración retrospectiva.

Pero no sólo los prefacios encadenan estas péntadas en la unidad superior de la obra, concebida y realizada como una *historia perpetua*. Hasta donde es posible seguirlo con la documentación que ofrecen las secciones conservadas de su historia, Livio emplea además otros recursos literarios, apelando a personajes y acontecimientos cuya aparición en el libro final de una péntada y en el inicial de la siguiente va acompañada de expresiones o envuelta en contextos, que anuncian o evocan, respectivamente, las menciones subsiguientes o anteriores de la figura o hechos correspondientes.

Así, los libros V y VI se hallan dominados por el curso de las hazañas y palabras de M. Furio Camilo. En V 19, 2-3 cuenta Livio su nombramiento como dictador para la guerra final contra la ciudad de Veyes, pero presentándolo en su doble dimensión de caudillo providencial y futuro vencedor de la ciudad etrusca y salvador de Roma: *fatalis dux ad excidium illius urbis seruandaeque patriae*.

Al final del mismo libro, el famoso discurso con que convence a los romanos de que deben reedificar la ciudad de sus mayores y sus dioses, destruida por los Galos, y no trasladar su sede a otro lugar, subraya el mismo aspecto de la personalidad del héroe. Nada más terminar el prefacio del libro VI, se reanuda el relato con una frase que evoca ese gran destino de Camilo, y hace de él el punto de partida de la continuación de la historia de Roma:

ceterum primo quo adminiculo erecta (urbs) erat eodem innixa
M. Furio principe stetit, neque eum abdicare se dictatura nisi anno
circumacto (Romani) passi sunt.

Algo semejante ofrece Livio en las últimas páginas del libro XXX (fin de la guerra púnica) y primeros del XXXI (origen y preliminares de la Macedónica). Ya en XXX 42 refiere cómo se han juntado en Roma, aguardando audiencia del senado, los legados del rey de Macedonia y los cartagineses. Aunque éstos venían nada menos que para tratar de la paz final después de una larga guerra, fueron recibidos antes los embajadores de Filipo. El senado les advierte que, con sus violaciones del tratado vigente, su rey anda buscando la guerra y que si sigue por ese camino se va a encontrar con ella pronto: *bellum quaerere regem et si pergat propediem inuenturum* (ib. 7). Poco después se narra cómo tras la audiencia del senado, que ratifica las condiciones que les había propuesto Escipión, los representantes de Cartago a su regreso a África firmaron la paz:

ita dimissi ab Roma Carthaginienses cum in Africam uenissent ad
Scipionem, quibus ante dictum est legibus pacem fecerunt (43, 10).

Tres páginas después termina el libro. Tras el prefacio del libro XXXI se reanuda el relato con unas palabras que evocan, en sus términos literales, las dos frases mencionadas: *pacem Punicam bellum Macedonicum exceptit* (XXXI 1, 6).

La perioca del libro XX es muy escueta y no contiene ninguna noticia sobre África ni sobre los Cartagineses en España que pueda ser puesta en relación con el contenido del XXI. Lo cual no excluye que entre ambos libros existiera un juego de recurrencias, anuncios y evocaciones semejante a los que se hallan en V-VI y XXX-XXXI. La idea que se obtiene de las periocas y su relación con el

texto original, comparando aquéllas y éste en los libros conservados, no permitiría ni al más tenaz de los hipercríticos posibles defender semejante exclusión.

Para descubrir lo que la perioca calla acerca del contenido de un libro pueden ofrecer indicios los historiadores posteriores a Livio que directa o indirectamente dependen de él. Pero me temo que para este lugar no se encuentre ayuda en ellos. Por lo menos yo no la he hallado.

Sin embargo, en los primeros párrafos del libro XXI, inmediatamente después del prefacio, en la esquemática biografía de Amílcar Barca se mencionan, como capítulos principales de ella, el *Africum bellum* y los nueve años de la conquista púnica de Hispania:

his anxius (Hamilcar) curis (*i. e.* Sicilia Sardiniaque amissae) ita se Africo bello quod fuit sub recentem Romanam pacem per quinque annos, ita deinde nouem annis in Hispania augendo Punico imperio se gessit ut *eqs.* (XXI 2, 1).

La paz romano-cartaginesa había sido narrada en el libro XIX (cf. perioca), posiblemente al final. El libro XX abarcaba casi todo el período que transcurre entre las dos guerras púnicas, veintidós o veinticuatro años, según se cuenten. Durante este tiempo los Cartagineses sufren la pérdida de Cerdeña y la guerra de los mercenarios, sucesos ambos aludidos por Livio en el comienzo del libro XXI —*Sardiniam inter motum Africae fraude Romanorum... interceptam*—. Ambos hechos habían sido narrados por Polibio —I 60 ss.— y por Nepote —biografía de Amílcar—, así como probablemente también por los analistas romanos. Yo creo que puede emitirse la hipótesis de que Livio se ocupaba de ellos de alguna manera en el libro XX, aunque el redactor de la perioca prescindiera de recogerlo, al concentrar todo su resumen en hechos puramente romanos.

También en el libro XXX el compilador de la perioca ha omitido las referencias a los preliminares de la guerra Macedónica, que el autor introducía hábilmente, como se ha visto, en los capítulos 40 y 42, al anunciar la embajada de Filipo al senado y exponer la negociación romana con ellos y sus resultados. Sé que se trata de una mera hipótesis, pero de una hipótesis razonable, corroborada

por el uso de Livio no sólo en XXX-XXXI, sino en las otras transiciones de una péntada a otra.

Entre los libros XL y XLI la continuidad se establece en torno también a un antagonista, igual que en la hipótesis de XX-XXI y en el documentado tránsito XXX-XXXI. Es Perseo, el hijo de Filipo, a quien su padre moribundo quiere privar de la herencia del reino (XL 56) a favor de Antígono, sin lograrlo (*ib.* 57, 1). Progresivamente introducido el nuevo rey como futuro adversario de Roma, que maquinaba una guerra de revancha, a lo largo de los capítulos 19, 23 y ss. de XLI será el gran enemigo en la nueva guerra —la tercera contra Macedonia— desde el libro XLII hasta el final de la péntada.

Colacionando con el mismo método los libros X y XLV con las noticias de las periocas de XI y XLVI, se descubrirían igualmente otros elementos de enlace análogos consistentes en la recurrencia mediante un sistema de anuncios y evocaciones, de episodios o personajes, sobre los cuales monta hábilmente Livio los esquemas de continuidad entre las secciones —péntadas— de su obra que iban siendo publicadas separadamente.

Por ejemplo, entre los libros X y XI podían desempeñar esta función Q. Fabio Máximo, ex-cónsul y padre de Q. Fabio Gurges, creado cónsul a final del libro X. Según la perioca de XI, el padre tuvo que acudir en auxilio de su hijo tras el revés que éste sufrió en la guerra contra los Samnitas, y gracias a su intervención se obtuvo la victoria. También pudo operar en el mismo sentido el episodio de la estatua de Esculapio, que los romanos acordaron traer de Epidauró a la urbe para salvarse de la pestilencia (X 47, 7), a cuyo traslado y culto dedica seis líneas la perioca del libro XI, aunque la del X no haya mencionado para nada el episodio.

De lo que he expuesto en el apartado anterior, al examinar los párrafos iniciales de los libros XXVI y XXXVI y relacionarlos con los pasajes finales de los precedentes, buscando allí la cesura entre las péntadas, se deduce obviamente que los temas del asedio de Capua y de la inminente guerra con Antíoco son los que establecen la continuidad del relato entre los respectivos pares de libros.

Creo que con el análisis de los finales y principios de libro de la extensa parte conservada de la historia de Livio queda demostrado que su autor la concibió, a efectos de edición, como una

sucesión de péntadas o agrupaciones de cinco libros. Pero cuidando al mismo tiempo de enlazar unas péntadas con otras de modo que no se desvirtuara la naturaleza de obra seguida y, en definitiva, unitaria que caracterizaba al género literario específico de la *historia perpetua*.

Es verosímil que la aparición de estas péntadas siguiera un ritmo más o menos regular a lo largo del casi medio siglo que el escritor de Padua dedicó a su trabajo. Porque no se advierten motivos, ni se encuentran datos que inviten a sospechar que Tito Livio alterara un sistema que resultaba tan adecuado a su método de trabajo y al interés del público.

Llevar más allá este análisis, extrapolándolo hacia los libros perdidos sobre la base única de las periocas, introduciría al comentarista en un terreno particularmente inseguro. Quizá valga la pena explorarlo. Pero no será posible asentar conclusiones o hipótesis válidas, salvo en algún caso que tenga apoyo en información colateral de otras fuentes, cuyas noticias fueran indiscutiblemente atribuibles al texto de Livio.

ANTONIO FONTÁN